

El olmo blanco brillando por la noche

F. JIMENEZ OCAÑA

Su instinto alertado creando esos pequeños subterfugios de la mente. La modorra que surge en ese breve interludio que hay entre el sueño y la vigilia. Las palabras que brotan de unos labios trémulos; balbucientes primero, claras y rotundas después como abriéndose paso en una resolución tenaz. "Nunca debí salir del pueblo. ¿Pero qué digo?, ya es tarde para lamentaciones. No puedo volver llevando el peso de la derrota sobre mi vieja espalda".

Un rumor frío y uniforme brama junto a él extendiéndose implacable. La humedad llega hasta sus huesos arrastrándose como una serpiente. Tañidos lejanos que baten el bronce resquebrajado de su pecho. Un estremecimiento le recorre la médula como un fugaz relampagueo de neón. Levanta la vista acobardada, tristonosa. Un lienzo blanco se cierne sobre su cabeza. Diminutos cuerpos ingravidos meciéndose blandamente ante sus gimiosos ojos. ¿Sus retinas trastocan las imágenes?. Aquellas cosas etéreas se posan suaves en un suelo que crece límpido y gris. "No puedo moverme, maldita sea. Estoy hecho añicos". La turbulencia que se desata en su interior choca duramente contra su propia impotencia. El hombre solloza. Evoca como un venerable patriarca. Todo su cuerpo se tensa como una cuerda. Los colmillos acechan en las sombras. Temibles incisivos que buscan ciegamente sus flacas carnes. Se oyen ladridos furiosos cada vez más apremiantes y desesperados. "Está loca esta perra" —piensa con su lógica infantil. "Ya lo ha olfateado. ¡Por allí, Linda!, duro con él". Su padre y su hermano corren literalmente con la escopeta presta. El salta de alegría. Le parece de película cuanto acontece. El animal ha enmudecido por unos instantes. Hay un silencio que casi se palpa. De repente se ve roto por un desgarrador aullido. La perra ha sido herida. Se oye gritar lúgubremente entre la espesura. Todo ha ocurrido muy de prisa. Se escucha un enorme estruendo que avanza hacia ellos. Entonces aparece una gigantesca sombra resoplando ciega de ira. "Es imponente. Dicen que si no le metes dos balas rápido en la cabeza destrozará a quien se le

ponga por delante". Siente una mezcla de miedo y emoción. Su corazón golpea salvajemente en medio de dos detonaciones casi seguidas. La bestia realiza una grotesca convulsión. Su flanco derecho aplasta la hierba. Se yergue en un esfuerzo postrer. Trata de escapar. Se tambalea. De su frente mana sangre a borbotones. Da un paso y se desploma definitivamente muerta. Un grito victorioso emerge de las roncadas gargantas de los cazadores. El brinca rebotando alegría. De pronto repara en Linda. Se halla tumbada gimiendo y pasándose la lengua por un enorme desgarrado que presenta una de sus patas. El padre taponla la herida con un manojo de yerbas que ha arrancado. Luego la venda cuidadosamente con su pañuelo. El jabalí está ahí, inerte, con el morro sanguinolento pegado a la tierra. Unen las manos y las patas y las amarran. Colocan un robusto palo entremedias y se lo cargan a hombros con gran esfuerzo. Inician el descenso de la ladera. La expedición serpentea penosamente a través de la fronda. Linda camina cojeando. De vez en cuando exhala un quejido lastimero que parte el alma de aquellos rudos hombres. A trechos, el animal se detiene y apoyándose sobre sus patas traseras dirige una mirada desolada hacia ellos. Sus ojos se abren con la dificultad de un estuche herrumbroso. El frío le sube por las piernas. Lo siente trepar inexorable. Sus pupilas se debaten entre volver a las tinieblas o permanecer en la luz. El pasado le reaviva el espíritu pero su mente viaja por encima de un mundo pulverizado. Entonces su corazón late con mayor brío, como por simpatía. Repentinamente contrae la cara en un gesto doloroso. El conjuro se esfuma. "Si no fuera por esas punzadas en el costado. Ese frío agudo y penetrante como un estoque lo siento cada vez más cerca del estómago. Y ese fuerte deseo de cerrar los párpados que me devora. No, no debo. Sería mi perdición. He de dar gracias a ese inmenso resplandor". Una farola incandescente pone fondo patético a la lenta y silenciosa precipitación. La luz lacera sus retinas pero él lucha denodadamente contra esos haces que quemar como proyectiles. Un



combate sostenido y brutal. Paisaje interno o externo. Opción única. La luz es el potro del tormento; las sombras el sueño de la felicidad. Se sorprende riendo como un niño. La risa es despreocupada, contentadiza. Es una risa de cristal fino. Las vibraciones, ricas en sonoridades, se expanden como trinos de pájaros fantásticos. Entretanto el vellón se desliza cauteloso como espuma de cojín desventrado. El suelo diáfano se engrosa a un ritmo apabullante. El árbol es una sombra chinesca. A veces despierte intensos fulgores que se convierten en una luminotecnia insoportable. Su vista se afana en abarcar aquel vago contorno. Pero poco a poco el olmo es tan solo una abstracción que se difumina. Hay una proximidad a voces indeterminadas. El gris silencio se las bebe ávidas. Sólo una que va a posarse tímidamente sobre el caído torreón, permanece. Es la voz de la sangre. Un cúmulo de reminiscencias rena-

cen en su interior. Su madre hace rato que le aguarda. Le observa bajo ese estado de serena exaltación. El percibe su genuíno olor a ropa limpia y a comida. Es feliz al verse de nuevo en casa. Ella le revuelve el cabello con sus dedos bondadosos. El se ríe, ella también. Le hace cosquillas y se persiguen por la casa retozando como animalillos gozosos. En el hogar crepita el fuego; regurgita la olla apoyada sobre la trébede. El pájaro diseccionado les contempla encerrado en un mutismo hermético. Una profunda tarascada en el estómago abre sus ojos de par en par. "Es difícil acallar el hambre sino se tiene nada con que hacerlo. ¿Por qué no me habré guardado la mitad del bocadillo?". Un fuerte pellizco le hace gemir. Es como una terrible bota que aplastase su abdomen. Pero el dolor también es efímero. Ya no siente nada. Sus ojos recogen la vida allá afuera que se arroja contra su corazón ya apenas

convmovible. "¡Qué difícil resulta cuando se ha sufrido tanto!". Cree ver unos ojos que le espían en la oscuridad. "No, no son los de mi padre. Los de él son francos y amables. Estos en cambio son traidoramente crueles". Un chillido espantoso rompe la quietud. Otros le responden. Pronto es una algarabía. "No puede ser Linda; está convaleciente aún. Mi padre dice que no es tan buena para la perdiz como para el jabalí. La hecho en falta. Me gusta correr llevándola pegada a mis talones. Mi padre camina más ligero que yo. Su figura decidida remonta las verdes colinas, lleva la escopeta en una mano. La canana destellea al sol. Esta vez no nos acompaña mi hermano. El bosque se adensa. La vegetación resulta abrumadora. Me cuesta trabajo seguirle. Avanza con el ensimismamiento del cazador fanático. Creo que ha visto algo porque de pronto ha iniciado un leve y gracioso trotecillo. Que cada vez lo va alejando más de mí. Su silueta se distorsiona. Se me confunde con los troncos de los árboles. Ya hace rato que he dejado de oír sus pasos. Le grito pero mi garganta está obstruida por algo espeso y amargo. Noto horrorizado que el bosque me traga enteramente. Tengo miedo. El

pánico engarrotó mis piernas. Intento silbar. Nada. Por fin voces. Obtengo respuesta. Espantado reconozco mi propia voz devuelta fielmente por el eco. Tengo miedo. No puedo remediarlo. Mis pies quieren echar a correr. Todo lo tengo insensible. Estoy paralizado. Ya nada me obedece. Solo mi cabeza se mueve como si levitase. Mis ojos luchan desesperadamente por abrirse paso en esa horrible muralla de sombras. Tengo miedo, padre, tengo miedo..."

"... Esta mañana ha sido hallado en un solar del casco viejo el cadáver de un vagabundo, muerto por congelación. El cuerpo ya había empezado a ser devorado por las ratas que asolan esa zona. Según hemos podido saber, la terrible ola de frío que nos azota ha acabado con la vida de más de treinta vagabundos en todo el país..."



Restaurante

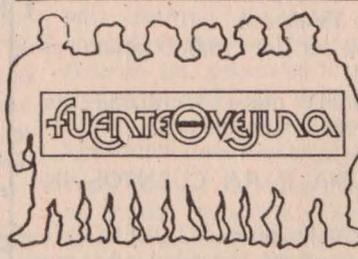
La Tarasca



Hombre de Palo, 8
Teléfono 22 43 42
TOLEDO

ESPECIALIDADES.

Merluza Tarasca ★ Mero al Horno ★ Lubina al Vino Tinto
Cordero Asado ★ Cochinillo ★ Perdiz ★ Natillas



LIBRERIA GENERAL-PAPELERIA
LIBRERIA INFANTIL
JUEGOS DIDACTICOS

Calle de Santa Fe, 4 Tfn. - 22-36-56
TOLEDO

LA MUJER BARBUDA

Director: José Antonio Casado.
Jefe de Redacción: Amador Palacios.
Colaboradores: Joaquín Benito de Lucas, Angel Crespo, Antonio Fernández Molina, Francisco Leal, Francisco López, Charo Mayordomo, José Pedro Muñoz, Manuel Pacheco, Jesús Pino, Carlos de la Rica, Pablo Sanguino, José del Saz-Orozco, José Manuel Souza y Damián Villegas.